



Antonio Gómez Robledo

El humano clásico

Hugo Hiriart

Don Antonio Gómez Robledo desarrolló con brillantez y éxito diferentes talentos: fue abogado, internacionalista, diplomático, filósofo, maestro, escritor y, cosa rara entre nosotros, letrado, es decir, poseyó el griego (tanto el antiguo como el moderno) y el latín. La Universidad Nacional Autónoma de México fue dando a la estampa uno tras otro libros suyos, todos de alta calidad, a la vez tersos, instructivos, cordiales y eruditos, uno sobre Sócrates, otro sobre Platón, un tercero sobre un gran tema aristotélico, las virtudes intelectuales, otro cuyo tema es la justicia, donde entre los temas filosóficos asoma a distancia el jurista, y otro sobre un escritor, Dante Alighieri, su vida y obra, nada menos. Con la sola lectura atenta de estos libros, que son amenos y por su cristalina claridad no ofrecen gran dificultad, un estudiante medio alcanzaría una formación inquieta e interesante. Además de estas obras, don Antonio, como es natural, escribió mucho sobre derecho internacional y cuestiones diplomáticas, pero sus trabajos vieron la luz bajo otras firmas editoriales (El Colegio Nacional ha editado una compilación de sus obras, no sé si completas). Don Antonio era hombre claro, contundente a veces, y aun colérico, en la expresión de sus convicciones de católico comprometido, de vastísimas lecturas, honrada fe y altas virtudes.

Y, bueno, además de estos libros, y es lo que por ahora nos interesa, fue notable traductor de textos clásicos. La *República* de Platón, en primer lugar, y dos obras maestras de Aristóteles: la *Ética Nicomaquea* y la *Política*. De estos dos vamos a conversar un poco.

El primero es libro de sorprendente actualidad y vigencia: es el tratado antiguo de mayor influencia en la filosofía lingüística

del siglo XX, del segundo, la *Política*, afirmaba mi maestro Gaos, que no ha sido superado en la materia hasta nuestros días.

La *Ética* es un libro no teórico, sino práctico, su propósito es instruir en el bien vivir. ¿Cómo se desarrolla esta enseñanza? Bueno, la vida humana, juzga Aristóteles, se orienta hacia un fin digno de ser alcanzado. Este fin último (deseable por sí mismo, no instrumental para alcanzar otro fin) de todo humano no puede ser otro que la *felicidad*. Una felicidad tan estable como sea posible (porque una golondrina no hace verano). El problema pues de la ética de hallar en qué puede consistir y cómo puede lograrse la felicidad.

Para Aristóteles, muy razonablemente, la felicidad no es ni puede ser un estado, sino es acción. Acción ligada a lo propiamente humano, y está ligada a las virtudes. La teoría de las virtudes es una pieza magistral y de las de mayor influencia en el pensamiento posterior. Empecemos por recordar que la palabra "virtud" (la famosa *areté* griega) no significa esa cosa más o menos gazmoña y edulcorada que es muchas veces para nosotros, sino está ligada, por ejemplo, a cuando se dice que un pianista o un cocinero es un "virtuoso", es decir que lleva algo que está en su naturaleza a un modo de perfección. En este sentido un perro de caza, una espada o un automóvil pueden ser virtuosos.

Y la virtud moral, afirma el Filósofo, es siempre el término medio entre dos extremos indebidos, uno por exceso, otro por defecto. Así, por ejemplo, de un extremo, por defecto o falta, está la cicatería, en el otro extremo, por exceso, está el derroche, en medio brilla la virtud de la liberalidad. No todas las virtudes tienen nombre, aunque siempre las reconocemos de inmediato, por

ejemplo, entre el timorato apocado y el bravucón perdonavidas hay un medio virtuoso razonable y adecuado.

Las virtudes se alcanzan, o se pierden, por los hábitos, los hábitos juegan un papel esencial en la ética de Aristóteles. Por lo pronto, son ellos, mucho más que las acciones aisladas, los que pueden ser calificados propiamente de morales o inmorales.

La doctrina de la mediocridad dorada ha sido llamada esta profunda concepción de la virtud moral, sí, "mediocridad", tan despreciada por nosotros, pero no por el griego clásico que tendía a ver con desconfianza toda desmesura.

No podemos mencionar siquiera la inexhaustible riqueza de este tratado, la variedad de sus asuntos, incluye por ejemplo, dos libros sobre la amistad, cuyos análisis no han sido superados, la profundidad y sutileza de la captación psicológica, pero expondré una última apreciación aristotélica: juzga el maestro que no puede haber sabiduría sin virtud moral. Es decir, un infame no puede ser sabio, pero también a la inversa, no puede haber virtud moral sin sabiduría, porque se requiere cierta sabiduría para llegar a la virtud. ¿Qué hacemos? El círculo vicioso es sólo aparente porque los mismos actos que te hacen virtuoso, te hacen sabio, son los mismos actos los que establecen las dos cosas.

Por último, el humano, es incapaz de sobrevivir solo, aislado, tiene que desenvolverse en sociedad, hecho que además de salvarlo, le genera problemas de muy diferentes tipos. Por eso la *Ética* deriva naturalmente hacia las ciudades estado, es decir hacia la *Política*, otro tratado magistral de Aristóteles, traducido también por Gómez Robledo, como dije, de él otro día conversaremos. [1]